

et al. (eds.) (1983) *Tratados hipocráticos. I. Juramento. Ley. Sobre la ciencia... Sobre la enfermedad sagrada*. Madrid, ed. Gredos, 426 pp.) de traducir las obras hipocráticas.

La exégesis de los tratados nos parece de un inapreciable valor —aunque echamos de menos la existencia de un índice de términos— y prueba suficiente de la honestidad científica de la empresa. Pero, como ya decíamos en el vol. 3 de esta misma revista, a la investigación en Historia de la Medicina no debe bastarle la recuperación de los textos y la exhaustiva exégesis, objetivos que convienen al filólogo, sino que la interpretación de los mismos a la luz de la función clarificadora de la historia ha de ser su labor fundamental. Así pues, en vista de lo que manteníamos respecto al primer volumen de esta serie de ediciones, nos quedamos con el interrogante de si será ontológicamente imposible la confluencia de las dos disciplinas para una recuperación del pasado esclarecedora de la medicina actual.

ROSA MARÍA MORENO RODRÍGUEZ

RUBIO VELA, Agustín (1984) *Pobreza, enfermedad y asistencia hospitalaria en la Valencia del siglo XIV*. Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo, Diputación Provincial (Estudios Universitarios, 10), 255 pp.

El estudio de la pobreza y la asistencia, objeto de atención preferente en gran parte de la historiografía europea de estas últimas décadas, hasta hace pocos años ha carecido en nuestro país de análisis concretos y serios que fueran más allá de las afirmaciones generales y tópicas que, salvo notables excepciones, eran lo más habitual. Por fortuna esto ha ido cambiando lentamente desde los años setenta, como prueban, por no citar sino los más conocidos, los trabajos reunidos en las Actas del Congreso de Lisboa de 1973 o en las más recientemente editadas por la Universidad de Barcelona. A esto habría que añadir algunos significativos estudios individuales cuya enumeración sería prolijo realizar aquí. Aún así siguen siendo necesarios trabajos pormenorizados sobre el tema y, entre ellos, sobre uno de los lugares privilegiados de la asistencia al pobre y al necesitado: el hospital.

El libro de A. Rubio Vela, que continúa un camino ya trazado en sus anteriores trabajos, supone, en este campo, una valiosa aportación. Y ello, a nuestro juicio, en un doble aspecto: por el hecho de centrarse en el estudio detallado de un hospital fundado en 1311 en la ciudad de Valencia por Bernat des Clapers, «la primera fundación trecentista de marcado carácter laico» (p. 41) y significativa, por ello, de los cambios que en la asistencia y funcionamiento global de la sociedad valenciana del trescientos estaban teniendo lugar y, por otra parte, porque el autor ha podido trabajar sobre fuentes documentales de primera mano, que le han permitido una aproximación viva y relativamente exacta —en la medida misma en que una aproximación histórica puede serlo— al funcionamiento, organización y significado del hospital. Porque el estudio desborda, como el mismo autor señala, el marco de lo estrictamente médico para mostrar algo que es preciso recalcar: que los hospitales

medievales “además de una institución clave para la observación y análisis del fenómeno *pobreza* en todas sus dimensiones, constituyen también un reflejo fiel de la trayectoria histórica de las ciudades bajomedievales, cuya dinámica ayudan a comprender» (pp. 19,20) dado que el hospital es una entidad abierta, sensible a los cambios, y punto de observación de fenómenos como la religiosidad, la alimentación, la evolución de los precios, el utillaje doméstico y también, por supuesto, la enfermedad.

Dos partes claramente diferenciadas constituyen el libro: general, la primera, específicamente centrada en el estudio del hospital des Clapers, la segunda. La exposición inicial sobre el hospital medieval, sus características y significado, resulta aplicable en sus líneas generales a lo que sucede en el resto de la Península y coincide también en gran medida con las notas básicas que en la época se encuentran en todo el occidente europeo, como bien han dejado expuesto, entre otros, D. Flood, Goglin o M. Mollat. Nos encontramos ante la misma pluralidad asistencial y multiplicidad de funciones en el seno de una institución de marcado carácter benéfico —independientemente de cual sea su origen fundacional—, si bien su actividad se centra, según el autor, no tanto en la asistencia de los pobres como de los verdaderamente enfermos. Hay que puntualizar que esta afirmación, válida en principio —como este estudio y otros han mostrado—, puede inducir a error en una lectura precipitada ya que resulta difícil, en la época, hacer una tajante distinción entre pobre y enfermo al ser éste, en realidad, el pobre por autonomasia, como repetidamente han señalado los estudiosos del tema, entre ellos el propio autor del libro que comentamos.

Pero, dentro de esta pluralidad asistencial y multiplicidad de funciones, la actividad hospitalaria sufrirá una notable evolución en el trecentos, la cual viene marcada por la propia evolución que en el devenir ciudadano y en el gobierno municipal se produce. En este caso hay que alegrarse de poder tener un estudio sobre la Valencia de este tiempo, ciudad clave en este proceso así como en muchas de las producciones doctrinales que lo recalcan y constituyen —estamos pensando en Eiximenis o en el autor del Corbacho, por ejemplo—. Rubio Vela analiza el marco ciudadano, exponiendo la situación hospitalaria (se cuenta en la ciudad con cinco hospitales y una leprosería) así como la distribución del poder en la urbe, mostrando cómo la erección de un nuevo hospital tiene un triple significado: religioso, económico y político. En este sentido resulta indicativo, como el autor muestra, el crecimiento y el origen de los fundadores de la red hospitalaria a lo largo del siglo ya que, de los seis nuevos hospitales fundados, cuatro lo serán por elementos burgueses y sólo dos por eclesiásticos: se produce, en el XIV, el nacimiento de un modelo hospitalario distinto, siendo el hospital des Clapers el punto de partida de este proceso que culmina con la fundación, a principios del siglo siguiente (1409), del Hospital de los Inocentes, hospital burgués, tanto por el origen social de sus diez fundadores como por su voluntad de que aquélla «fuera una obra laica y de hombres llanos» (p. 44).

La secularización no se da únicamente en el origen de los fundadores sino también en el creciente intervencionismo municipal en los centros —incluso los

eclesiásticos— y, dado que el *Consell* y los *Jurats* contaban con un neto predominio numérico del elemento ciudadano sobre al aristocrático, «la actuación de la institución municipal en la cuestión hospitalaria puede considerarse en buena medida como expresión burguesa» (p. 51). Muestra de esto es no únicamente el hospital des Clapers sino otros como el de los Beguins o el de la Reina, que el autor analiza como indicativos del proceso. Es importante notar la creciente vinculación entre las haciendas de los hospitales y la municipal, realizada fundamentalmente a través de la participación en el *censal*, dándose, dice Rubio Vela, «una decidida voluntad de utilizar en provecho propio (del municipio) los ahorros acumulados por los administradores de los hospitales en los años de superávit» (p. 63). El proceso expuesto concluye en Valencia, al igual que sucede en otras muchas ciudades medievales peninsulares y europeas, en un intento de concentración hospitalaria y de racionalización de la misma, que se plasma finalmente en 1512 «con la creación del llamado *hospital General*; en éste integraron muchos de los pequeños establecimientos de la ciudad, la vida de los cuales acabó entonces: *se los ha beuido a todos como Ebro de ríos, en expresión de Escolano*» (p. 65).

Pero antes de esta unificación encontramos el desarrollo hospitalario del trescientos, la incidencia de la crisis de mitad de siglo en la vida hospitalaria, al igual que en el resto de la vida cotidiana, y la progresiva salida de la misma a partir de 1375, época en que se producen varias fundaciones que el autor estudia en esta primera parte que es, consideramos, una sintética y útil introducción y un encuadre necesario para la exposición que ocupa la segunda mitad del libro: la del hospital fundado por Bernat des Clepers. El estudio de éste se hace fundamentalmente sobre la base del Inventario de 1384 en lo que se refiere a los aspectos materiales concretos (incluidos en gran medida en los apéndices documentales que cierran la obra).

Estamos ante un característico hospital medieval que posee, aparte del edificio principal, un huerto que le sirve para autoabastecerse en parte con sus frutos, animales y un cementerio. El hospital propiamente dicho está en ese edificio principal único, que tiene un claustro central en torno al que se abren las dependencias básicas que, según el citado inventario son: «la enfermería de hombres, la de mujeres, la capilla, la cocina, el *pastador* y habitación de sirvientes, la vivienda del administrador, las despensas de alimentos y medicinas y el desván o cuarto trastero» (p. 85).

También la financiación del mismo responde a las características del momento, si bien en este caso solo el 5% del presupuesto está constituido por limosnas, legados testamentarios y bienes de los enfermos que morían en el hospital; el 95% restante proviene de las rentas propias del mismo y resulta interesante comprobar cómo éstas se hallaban colocadas en tierras de labor y casas, predominantemente situadas en la ciudad (el dominio, por parte de los establecimientos hospitalarios, tanto laicos como eclesiásticos, de la propiedad inmobiliaria urbana es un fenómeno social cuya importancia, tanto en la época medieval como en las posteriores, es indudable).

De los presupuestos totales el 75% se destina a la asistencia, que no se limita únicamente a la recepción de enfermos sino también — como el autor ya expuso en tra-

bajos anteriores (*)— a la crianza de lactantes huérfanos o expósitos, a los que se dedicaba de un 15 a un 20% del total: el hospital ayudaba económicamente a las familias de los huérfanos y, en el caso de no tenerlas, al igual que en el de los expósitos, garantizaba la alimentación durante el período de lactancia, encomendando su cuidado a una nodriza; esta asistencia se completaba con la que recibían los pobres sin hogar que eran albergados de noche en el mismo con lo que «la supresión de la asistencia a los enfermos no significaba la no utilización de las instalaciones hospitalarias» (p. 104). Hay, finalmente, una actividad esporádica y marginal: la limosna hecha en favor de alguna persona concreta necesitada. De todos modos, como el autor indica, el hospital tenía «una actividad benéfica plural, pero centrada básicamente en la tarea de atender a enfermos sin recursos» (p. 105).

La estructura organizativa del hospital ocupa un nuevo capítulo en donde se exponen las normas-guía, tanto las de índole espiritual como las materiales, concretadas ambas en la servidumbre y personal con que el establecimiento cuenta: los capellanes, el médico (cosa normal, si bien todavía no frecuente en la época, señala el autor) y la ocasional asistencia de un cirujano, un barbero y las *metgesses*, curanderas populares sobre todo expertas en enfermedades infantiles. El boticario se encarga de la preparación de las medicinas y entrega una relación semestral de las mismas. Junto a esto se encuentran los sirvientes y las nodrizas, así como el recaudador de las rentas hospitalarias. La administración es desempeñada, en un principio, por el hospitalero, pero en 1375 se desdoblará el cargo, pasando a ser el de administrador un oficio gratuito cuyo papel es el de una especie de delegado municipal. Su cargo, como dice Rubio Vela, «hacia posible una política asistencial coherente y uniforme» (p. 115) y puede encuadrarse en ese proceso de municipalización y secularización que se señala.

En el capítulo final del libro se analiza el mundo de los enfermos que son, como sucede normalmente en la época, los «grandes desconocidos». El hospital, con una capacidad teórica de 34 camas no se encuentra totalmente ocupado, teniendo una media que el autor calcula en 18 enfermos, de distintas edades, diversas procedencias y cuyas profesiones casi nunca aparecen indicadas. Se sabe que el hospital, que rechazaba admitir a los leprosos, ciegos y locos, recibían, en cambio, heridos: la mayor parte de las alusiones que aparecen son hechas a estos últimos.

Los enfermos reciben una medicación (cuya enumeración puede encontrarse en el apéndice II) y una alimentación variada, que se lleva la mayor parte del presupuesto y que consiste en dos partidas fundamentales: el trigo y el vino, además de raciones de carne así como de huevos o pescado los días de vigilia, queso «y una gama muy variada de alimentos vegetales, legumbres y frutas», como el autor expone en los cuadros que se incluyen en la obra (p. 149).

En cuanto a la mortalidad tampoco se cuenta con una detallada información y es preciso calcularla por vías indirectas; Rubio Vela habla de una treinta o cuarenta

(*) RUBIO VELA, A. (1982). La asistencia hospitalaria infantil en la Valencia del siglo XIV: pobres, huérfanos y expósitos. *Dynamis*, 2, 159-191.

defunciones anuales, proporción similar a la de otros hospitales valencianos del tiempo. Esas cifras aumentan en las épocas de peste y hambre colectiva en que, más que nunca, «el hospital se manifiesta como un verdadero espejo de la miseria urbana» (p. 153).

Y posiblemente sea eso precisamente, la vida urbana, su miseria o su riqueza, lo que el estudio contribuye a mostrar, exponiendo, con unos datos desgraciadamente muy escasos en lo que se refiere a los asistidos y sus actividades y vidas cotidianas —problema común en toda la documentación de la época—, un cuadro ceñido y que se permite pocas concesiones a generalizaciones excesivas. Libro, en resumen, que añade datos para el conocimiento, todavía escaso, del funcionamiento concreto de los hospitales medievales en el marco del siglo XIV que, en toda la Península y más aún en el área que el autor estudia, supone un importante momento de cambios que terminarán cristalizando a finales de la centuria siguiente.

CARMEN LÓPEZ ALONSO

BÁGUENA CERVELLERA, M. J.; BARONA VILAR, J. L.; FRESQUET FEBRER, J. L.; LÓPEZ TERRADA, M.; MICÓ NAVARRO, J. A.; SALAVERT FABIANI, V. L. (1985), *Estudios sobre la medicina y la ciencia valencianas, siglos XVI-XIX*. Valencia, Cátedra de Historia de la Medicina (Cuadernos Valencianos de Historia de la Medicina y de la Ciencia XXVIII, Serie A) 193 pp.

El presente volumen, compendio de las comunicaciones aportadas por sus firmantes al pasado Congreso de Historia de la Medicina de Alicante, 1983, sirve de presentación colectiva a la «escuela valenciana» de los ochenta. Se vale para ello de una temática, la historia de la medicina y la ciencia valencianas, que ha sido continua y amorosamente cultivada por la cátedra de Historia de la Medicina (hoy, de Historia de la Ciencia por imperativos legales) desde sus inicios, hace veinticinco años, bajo la dirección del profesor López Piñero, quien firma el prólogo introductorio al libro que comentamos. Sirve éste de presentación a los distintos trabajos recogidos, insistiendo en las particularidades metodológicas de cada cual y entroncándolos todos juntos en esa línea viva de preocupaciones que han vinculado estrechamente la institución universitaria con su entorno ciudadano, la historia local. La

bibliografía compilada bajo el título de «Estudios sobre la medicina y la ciencia valencianas realizados en la Cátedra de Historia de la Medicina de la Universidad de Valencia (1960-1984)», que reúne unas 250 referencias, es expresiva de la voluntad, del afán y de la aplicación con que sucesivas generaciones de historiadores, bajo la sabia férula del profesor López Piñero, se han ocupado de esa tarea. A ellos corresponde una muy importante cuota, si no la que más, en el estado actual de desarrollo de los estudios histórico-científicos en España, y, desde luego, en esa privilegiada situación que los conocimientos sobre el pasado científico valenciano poseen en el